

## CON JUAN por su EVANGELIO

Los domingos 17-21 del Ciclo B en una sola homilía sobre la  
EUCARISTIA

Primero, lea entero el capítulo sexto del Evangelio de Juan.

Segundo, lea estas páginas.

Tercero, olvide estas páginas, y lea mucho ese capítulo sexto.

Una escena en el Cielo. Se le acerca un ángel a Juan, el discípulo y apóstol más querido de Jesús:

-Mira, Juan, soy el ángel custodio de un sacerdote ya algo entradito en años, que te quiere mucho; tus escritos no se le caen de la mano, y ahora se le ha metido en la cabeza que quisiera hablar contigo para que le expliques un capítulo nada más del Evangelio que tú escribiste. Te lo digo, el capítulo **sexto**, el del Pan de Vida, el de la Eucaristía. Se lo he dicho al Señor Jesús, y me dice que me las entienda contigo. ¿Quieres venir conmigo a la tierra para entrevistarte con mi encomendado? No creo que te entretenga mucho. Volverás pronto aquí.

-¡No faltaba más! Vamos.

-Me dicen que quieres verme. Empiezo por saludarte cordialmente. Y en tu cara adivino que estás un poco avanzadito en años, aunque no tanto como yo en Patmos, donde morí bien pasados los noventa... ¿De qué se trata, pues?

-Ya ves, Juan. Un capricho que he tenido. Siempre le he dado vueltas y más vueltas al capítulo que más me gusta de tu Evangelio.

-¡Calma! Porque empiezo con una pequeña corrección sobre eso de *tu Evangelio*. “Evangelio” no hay más que UNO: el de Jesús, el cual es el Evangelio, el Evangelizado y el Evangelizador... Aunque, por facilidad tuya, puedes decir Evangelio de Juan, como dices de Mateo, de Marcos o de Lucas, es decir, el Evangelio escrito por nosotros.

-Gracias, Juan, por tu aclaración. Te decía que ese capítulo sexto que escribiste en tu Evangelio sobre el “Pan de Vida” no se entiende fácilmente.

-Lo creo; a pesar de la fe de ustedes, la Eucaristía sigue siendo el “Misterio de la fe”.

-¿Podemos hablar, a ver si nos aclaras alguna cosa? Y digo “nos” porque lo que me digas lo pienso escribir para todos.

-Con gusto. Empieza preguntando por donde quieras.

-Gracias. Lo primero: ¿por qué en tu Evangelio no dijiste nada de la Institución de la Eucaristía en la Última Cena, si era algo tan importante?

-Muy sencillo: porque ya lo sabía toda a Iglesia por Marcos, Mateo, Lucas y por Pablo, que fue el primero en escribirlo; por otra parte, ellos no dijeron nada de lo que había ocurrido un año antes en Cafarnaúm, que fue algo dramático. Yo hice al revés: conté lo de la sinagoga y omití lo del Cenáculo.

-Y ahora, ¿por dónde te parece mejor que comience preguntando yo?

-Quizá por lo primero, por lo de un año antes.

-Bien, lo creo muy acertado. Aunque pasemos indistintamente de una parte a la otra. Y antes que nada, esa introducción que pones en el capítulo sexto de tu Evangelio: la multiplicación de los panes. ¿Por qué la recuerdas si la habían contado los otros tres evangelistas tan minuciosamente?

-Porque ellos no dicen nada de la **intención** de Jesús, que era lo más importante. Con cinco panecillos y dos pescados comieron cinco mil hombres, solo hombres, sin contar mujeres y niños, y que, por lo mismo, pasaban de diez mil los que se hartaron de sabroso pan.

-¡Vaya milagro, eh!... Había para creer en Jesús.

-Pues, aquí estuvo el cuento con los judíos el día siguiente en la sinagoga de Cafarnaúm. Pero he de contarte antes otra cosa, lo que hizo Jesús por sus doce apóstoles: caminar en la noche por encima de las aguas. Tiene mucha relación con lo que va a venir.

-Perdona, Juan, que me salga del tema. Has nombrado a los “judíos”. Para entendernos desde el principio: si todos eran judíos, empezando por ti y los apóstoles, ¿por qué siempre estás con “los judíos”, como si fueran judíos solamente los enemigos de Jesús, y los demás de otra raza?

-Bien hecha la pregunta. Cuando en mi Evangelio digo “los judíos”, no me refiero al pueblo sencillo, que escuchaba con gusto a Jesús, sino a los **Jefes** judíos, sumos sacerdotes del Templo, escribas o doctores de la Ley, fariseos que dirigían el partido, miembros del Sanedrín o Asamblea, y los demás que rechazaban siempre las palabras de Jesús.

-Aclarado, y gracias. Sigo. ¿Dónde estuvo el problema de Cafarnaúm?

-Todo empezó por una queja amable de Jesús, cuando les dijo a los primeros que le encontraron en la calle: “Me buscan, no porque entendieron el milagro de ayer, sino porque se hartaron de rico pan”.

-¿A qué se refería, pues, Jesús?

-Quería decirles: *Tengo otro pan que dar al mundo hambriento. Soy yo, el Enviado por Dios que ustedes esperan.*

-¿Que tú eres el Cristo que esperamos? ¿Y qué signo, qué milagro, qué prueba nos das para creerte?

-Oye, Juan, no se entiende esta pregunta de los judíos. ¿No tenían bastante con el milagro del día anterior? Entonces, ¿qué querían?

-Inexplicable, ¿verdad?... Pues, así eran las cosas.

Empezaba mal la cosa. Veremos cómo acaba.

-Como era sábado, todos estaban ante la sinagoga, y entraron en ella con los ánimos bien afilados contra el joven Maestro de Nazaret. Llena la sinagoga, y todos sentados en sus puestos, los judíos abrieron la brecha: *Te hemos pedido un signo. Como lo tenemos de Moisés, el cual dio a nuestros antepasados en el desierto pan del cielo. Tú, ¿qué vas a hacer para que creamos en ti?*

- Jesús, tranquilo: *¿Pan del cielo, dicen? No. Aquello no era pan del cielo; el verdadero pan del cielo que Dios les manda soy yo. Sus padres comieron el maná y murieron. El que coma el pan que yo voy a dar no tendrá más hambre y no morirá jamás.*

-¿Quéeee?... ¡Oye, danos de ese tu pan!

Los judíos no entendían, mejor dicho, no querían entender. El maná no era sino una planta graminácea con que Dios proveyó a su pueblo durante el desierto, a la vez que les daba a comer como carne aquellas bandadas de codornices. Si al maná lo llama la Biblia “pan del cielo” es por la providencia que Dios tenía de su pueblo para que no muriera de hambre, pan sobre el que después se poetizó tanto en Israel. Ahora Jesús hablaba de sí mismo y decía la verdad con el símbolo tan bello de ese pan, del maná.

-Que les quería decir?

-Esto: *Soy pan bajado del cielo, pan que da mi Padre al mundo.* Era el Cristo, que debía ser comido por la fe. Quien creyera en Él tendría la vida eterna.

-Esto no parece tan difícil de entender. Era pan simbólico, prefigurado en el maná.

-Cierto, pero no todos lo veían claro. Los asistentes se levantaban de sus asientos, discutían en corrillos sobre las palabras de Jesús: *¿Cómo puede decir éste que ha bajado del cielo si nosotros conocemos a su padre y a su madre, y, además, que es pan que tendremos que comer un día, pues si no le comemos no tendremos vida en nosotros?*

-Ya se ve: pensaban en un pan material, como el pan de trigo o de cebada.

-Jesús no se tiraba para atrás en lo que decía. Esperaba que se sentaran de nuevo para seguir estrechando cada vez más el cerco de sus palabras hasta

llegar a lo más duro. Les había dicho que Él era pan, *pan espiritual*, es cierto, un pan que habrían de comer por la fe. Pero faltaba lo más serio, y Jesús iba poco a poco. Hasta que hizo explotar definitivamente la bomba, cuando dijo con energía, pero con su moderación de siempre: “Sí, soy pan bajado del cielo, y el pan que yo voy a dar es mi carne para la vida del mundo”.

-El escándalo en la asamblea subió hasta lo indecible. Se levantaban de nuevo para discutir apasionadamente: *Pero, ¿han oído? ¡Que vamos a tener que comernos su propio cuerpo! A ver, a sentarnos de nuevo y que se explique mejor.* Y Jesús remachó bien claramente, sin equívocos posibles: “¡Sí, y créanme! Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Y si no comen mi carne y no beben mi sangre, no tendrán vida en ustedes. Por el contrario, el que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”.

-¡Vaya palabras las de Jesús! Había para pensar...

-El escándalo que se armó fue tremendo. Se levantaron todos de sus asientos y las discusiones no acababan: *Pero, ¿qué está diciendo éste? Se figura, por lo visto, que somos una tribu de caníbales... ¡Comer su carne, beber su sangre!... Ahí se quede solo este loco. ¡Vámonos!...*

-Le tuvieron por loco, sí; esto ya lo sabíamos.

-Y la cosa fue en serio. Se marcharon no solo sus enemigos, sino también los discípulos, los cuales decían: *Esto es demasiado. Así, no le seguimos más.*

-¿Y ustedes los apóstoles?

-Jesús, evidentemente, estaba dolorido. Quedábamos los Doce, pensativos. Como Jesús lo había previsto todo, había hecho aquella noche el milagro de caminar sobre las aguas, para que supiéramos que tenía poder sobre todos los elementos de la naturaleza. Hasta que nos preguntó, sin poder disimular la tristeza que le embargaba: “¿También ustedes me quieren abandonar?”. Menos mal que Pedro se resolvió a contestar: *¿Y a quién vamos a ir, Señor? Nosotros no te dejamos, y sabes que creemos en ti.*

-Oye, Juan, ¿y tú, personalmente, qué pensabas?

-Yo no dudé un instante. No lo entendía, pero me fiaba totalmente del Maestro. Pasó aquel día, y todo volvió a la normalidad entre nosotros. De momento, había más seriedad en el grupo, pero todo se fue calmando, y hasta nos unimos más en torno a Jesús, cuya popularidad en Galilea descendió verticalmente desde aquella discusión en la sinagoga de Cafarnaúm. Tanto fue así, que Jesús decidió abandonar poco a poco Galilea y encaminarse decididamente a Jerusalén.

-Juan, no te quedes aquí. Hemos de saltar al Cenáculo. Por lo visto, ni Jesús decía una palabra más sobre el “Pan de Vida” ni ustedes se atrevieron a preguntar más. ¿Cómo iba a acabar aquel embrollo?

-Pareciera que todo se había olvidado, pero Jesús lo tenía muy presente. Aquello iba a ser su gran corazonada antes de la pasión.

-¿Cómo fue todo? Porque Marcos, Mateo y Lucas lo cuentan friamente, como un hecho más del Evangelio, sin un detalle de ustedes, sin una reacción de los Doce. Pablo pone algo más de calor, pero tampoco dice nada.

-Bueno, vayamos por orden. Tienes toda la razón, no dicen nada ni de la explicación de Jesús ni de nuestras reacciones.

-¡Cuenta, cuenta!

-Ya saben cómo se celebraba la cena pascual en nuestro tiempo. No era de pie, sino recostados en divanes sobre el brazo izquierdo, según la costumbre romana. Venía la primera copa de vino y se bendecía la fiesta. Se presentaban las hierbas amargas, el *harosed*, y se entonaba la primera parte del himno *Hallel*.

-No queremos perder un detalle.

-Y no lo vamos a perder. Sigo. Venían la segunda copa, los panes ázimos y aparecía el cordero asado. Empezamos en aquella cena a comer, aunque a mitad del cordero, Jesús comenzó a inquietarse. Algo le pasaba. Es cuando descubrió al traidor, el cual se marchó con tranquilidad, aunque con un alma tan negra y más que la noche, pero nadie sospechó de él, pues todos vieron con naturalidad que saliera a comprar todo lo necesario para el día de la fiesta, que comenzaba al día siguiente.

-Pero tú, Juan, lo supiste.

-Sí, porque me lo dijo Jesús, que se desahogó conmigo, y yo no dije nada. Libre ya del traidor, seguimos comiendo tranquilamente, hasta que vimos cómo Jesús empezaba a hacer un gesto raro.

-¿Cuál?

-Tomó un pan, y empezó a partirlo en trozos, sin decir nada. Nosotros llamamos todos. Con aquellos pedazos en la mano, levantó los ojos al cielo, como se hacía entre los judíos en toda bendición, y dijo claramente estas palabras: “Tomen, y coman todos de él. Porque esto es mi cuerpo, que será entregado por ustedes”. Se hizo un gran silencio, mientras se repartían aquellos trozos partidos por el Señor, que nos animaba: *Sí, coman, que esto que les doy es mi cuerpo...* Comimos en silencio.

-¡Qué momento!...

-Y seguía Jesús: *¿No recuerdan que se lo prometí en la sinagoga de Cafarnaúm?...* Nos animamos, y empezaron los comentarios de todos, que no podíamos con nuestra admiración: *¿Esto es lo que ibas a hacer, Maestro?...*

*¡Tan fácil, y nadie te creía!... ¿Así te nos ibas a dar, y así te metes dentro de cada uno de nosotros?...*

-¡Cómo se sentiría Jesús!...

-Se lo pueden imaginar. Sonreía, feliz con nuestra alegría. Seguimos comiendo el cordero con buen apetito, como siempre, pero con una felicidad nunca antes sentida. Aunque faltaba aún la segunda parte.

-¡Naturalmente, la del vino!

-Sí, apareció la tercera copa, el cáliz, como lo llamábamos nosotros. Esta tercera copa era la de *acción de gracias*, acabado el cordero. La tomó Jesús, otra vez con gesto misterioso que nos hizo callar a todos. Y dijo el Señor solemnemente, pero con sencillez: “Tomen, y beban todos de él; porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la Alianza nueva y eterna, que será derramada por ustedes y por muchos para el perdón de los pecados”.

-¡Que emoción!...

-Otra vez silencio entre nosotros, mientras el cáliz iba pasando de uno en uno, y Jesús decía: “Hagan después ustedes esto que yo he hecho como memorial mío”.

-Me callaría yo ahora, pero he de seguir. ¿Qué significa esta palabra *memorial*, un poco rara?

-No es simple *recuerdo* o *memoria*. La palabra *zikar*, *zikaron* que Jesús empleó, significaba entre nosotros los judíos no *recordar*, sino *hacer* la misma cosa, es decir: *conviertan el pan en mi cuerpo y el vino en mi sangre*. Memorial no es “recuerdo”: *acuérdense*, sino “acto”: *hagan*.

-¿Lo entendieron así entonces?

-Sí y no. Las palabras eran bien claras, pero, naturalmente, esto lo entendimos en todo su sentido a partir de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo nos iluminó y nos hizo ver clara del todo la verdad de Jesús.

-¿Y no dio Jesús alguna explicación más?

-Prácticamente, nos repitió lo que yo digo en ese capítulo sexto del Evangelio, expresiones de Jesús que en Cafarnaúm habían sido demasiado misteriosas e ininteligibles. Jesús adivinaba nuestras dudas, y nos hacía entender su gesto: “Cómanme, porque el que me come permanece en mí y yo en él, pues igual que yo vivo por mi Padre que me envió, así ustedes, al comerme, vivirán por mí”.

-¡Qué palabras tan grandiosas!

-Poniendo una comparación, venían a significar en labios de Jesús: *Así como el Padre tiene toda la vida de Dios, y por generación me la trasvasa toda a mí su Hijo, esa vida divina la trasvaso yo a mi humanidad, la que tomé de mi madre María, y ahora la trasvaso yo a ustedes, que quedan llenos de la vida de Dios*.

-Termina, por favor, las palabras de Jesús.

-Les añadió también en Cafarnaúm: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”.

-Esto último, después de la Resurrección, nosotros lo entendemos mejor. Si en un cuerpo se siembra inmortalidad, como es el cuerpo resucitado de Jesús, ese cuerpo nuestro que lo recibe no puede quedar para siempre en el sepulcro.

-Eso nos pasó a nosotros. Todo esto lo entendimos perfectamente después de Pentecostés, con la luz del Espíritu Santo, cosa que también les dijo Jesús a los judíos en la sinagoga: “La carne no sirve para nada. El Espíritu es quien da la vida”. Es decir: *No juzguen por las apariencias, sino por lo que les dice Dios.*

-¡Dios mío, qué cena aquella! La última de ustedes con Jesús, la primera de la Eucaristía, ¡hasta el final de los siglos!, como nos dice Pablo.

-Sí, Pablo se lo dijo muy bien. Hasta el final de los siglos se seguirá repitiendo lo mismo en la Iglesia, al hacer presente a Jesús sobre el altar como Pan de Vida y Cáliz de Salvación.

-¿Y como acabó todo en aquella cena?

-Normal. Se terminó de cantar el *Hallel*, vino la cuarta copa con que se finalizaba todo, aunque Jesús se alargó con aquella charla de sobremesa que les dejé escrita en el Evangelio.

-Muy bien, Juan, y gracias. Por más que me pica algo la curiosidad sobre lo que significó esto del Cuerpo y la Sangre de Jesús en la primera comunidad de Jerusalén. ¿Lo admitieron sin más los primeros creyentes, o no se les hizo a ellos tan raro y hasta increíble como a los de la sinagoga de Cafarnaúm?

-¡En qué te metes ahora! Para responderte bien necesitaríamos una charla o entrevista larga como toda la anterior.

-Pues..., si a ti no te molesta, por mí no hay inconveniente. Por lo mismo, ¿te hago la primera pregunta?

-Empieza.

-Si leemos a Lucas en *Hechos de los Apóstoles*, parece que eso de celebrar la “Fracción del Pan”, es decir, la Eucaristía, fue algo que se hizo desde el mero principio de la Iglesia.

-Dices muy bien. Se nos ocurrió en seguida, y más habiéndolo entendido todo —¡otra vez que te lo repito!— por el Espíritu Santo en Pentecostés. Ya en las primeras reuniones se lo propusimos a Pedro y fue aceptado por unanimidad.

-¿Y cómo lo hicieron?

-Como era *memorial*, la cosa era fácil: hacer lo *mismísimo* que hizo Jesús: tomar el pan, tomar el cáliz, repetir las mismas palabras y comer y beber después: “Coman y beban, porque esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, y hagan esto como memorial mío”.

-¡Igual que nosotros ahora!...

-Y se hará igual “hasta que el Señor vuelva”, según las palabras de Pablo. Así será hasta el fin del mundo, por miles de años que falten.

-¿Sabes, Juan, lo que estoy pensando? Lo que menos te piensas tú. Que esto de darse Jesús entero a cada uno de nosotros, en la realidad de su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, como comida, como bebida, y de un modo tan sencillo, en forma de pan y vino, sin que nos dé miedo a nadie..., esto no se le podía ocurrir sino a un *cerebro divino*. No hay poeta de imaginación tan calenturienta que se lo pudiera imaginar. El que no crea, no va a poder dar explicación humana al hecho de la Eucaristía.

-Da gusto oírte, ¡qué bien que discurre! Si no hubiera sido por Jesús, que así lo dijo y así lo hizo, a ninguno de nosotros los apóstoles, incluso después de recibir al Espíritu Santo, nos hubiera pasado por la cabeza inventar cosa semejante. Entre judíos, esto era un imposible.

-¿Entre judíos precisamente? ¿Y entre los demás, los gentiles, los de otras culturas?

-Sí, imposible para todos. Pero, para los judíos, de modo muy especial.

-Juan, habrás de explicarte.

-Comer carne humana, para los judíos, era algo abominable. Pero beber la sangre era inconcebible del todo. Porque la sangre era el alma, en ella estaba la vida, y la vida sólo es de Dios. Beber sangre era un sacrilegio tal que no lo cometía ningún judío. En todos los sacrificios del Templo, la sangre de las víctimas era derramada, porque era sagrada, no se podía utilizar para nada, y debía desaparecer. Hasta en las matanzas privadas de animales tenía que verterse en la tierra y ser cubierta con ella.

-¡Apa!... ¡Y ahora viene Jesús y dice que hay que beber su sangre!...

-Empiezas a entender, ¿verdad?... Aquí radicó el escándalo y el alboroto de la sinagoga de Cafarnaúm. El pecado de ellos fue *no fiarse* de Jesús. Si le hubieran dicho: *Habrás de explicarte, Maestro. ¿Cómo va a ser eso? ¿Cómo lo vas a hacer?...* Jesús les podría haber respondido: *Esperen, que ya llegará. ¡Confíen en mí! ¡Fíense de mí!*

-Como hicieron ustedes los Doce, ¿no es así?

-Cierto, aunque hubo algunas dudas. Pero, llegó la última cena, y ya ven de qué modo tan fácil y tan bello lo hizo el Señor.



-Pero, mi pregunta iba a otra parte. ¿Les costó al principio, tan pronto como había pasado el día de Pentecostés, meter esto en la Iglesia? ¿Lo aceptaron sin más los primeros creyentes?

-Pues, sí. Por difícil que parezca, y judíos todos, todos lo aceptaron sin más. ¿Por qué? Porque se fiaron todos del Señor Jesús, y, además, actuó de manera clarísima el Espíritu Santo. Los apóstoles, te repito, no podíamos inventar algo semejante. Solo así se explica la realidad de la Eucaristía.

-Juan, aquí precisamente quería llegar yo. Porque, por una parte los Racionalistas —¿saben en el Cielo quiénes son?—, y los hermanos separados por otra, niegan del todo la presencia de Jesús en el Pan y el Vino consagrados, aunque unos y otros de diversa manera.

-Háblame primero de los Racionalistas.

-Dan una explicación muy divertida. Como no pueden negar la autenticidad tan natural de Marcos, Mateo, Lucas, Pablo y la tuya como testigos, nos cuentan a su manera lo que pasó en la Iglesia primitiva.

-Dime, dime...

-Ellos lo explican así. Después de la crucifixión, muerte y sepultura de Jesús, desapareció el cadáver, robado o de la manera que fuese. Eso de resucitar, ni pensarlo. Estaba muerto y bien muerto. Pero los creyentes hablaban del Maestro siempre tan entusiasmados en sus reuniones, que al fin se convencieron de que Jesús aún vivía, y vivía de manera tan segura, que hasta se les hacía presente en el pan y el vino que tenían en la mesa... ¡Así nació la Eucaristía!

-Realmente, es divertida esa manera de pensar. Lo que esos Racionalistas no saben es que nosotros, los apóstoles, lo primero que narrábamos en esas reuniones, como testigos, es que Jesús había muerto crucificado, que había sido sepultado, y que, hallado vacío el sepulcro, habíamos visto resucitado al Señor muchas veces. La Resurrección, el que Jesús estaba vivo, era lo primero que decíamos como testigos.

-¡Qué bien!...

-Y después, sí, hablábamos siempre con gran entusiasmo de las cosas que habíamos oído y visto al Señor durante los tres años que pasamos con Él, de todo eso que tienen escrito en los Evangelios. Y al final de la reunión —esto era lo más hermoso—, repetíamos el memorial de la “Fracción del Pan”, es decir: la comunión del Cuerpo del Señor era siempre la conclusión de todo.

-Muy bien, Juan. Lo de los Racionalistas lo tomamos un poco a risa. Pero lo de los hermanos separados es lo más doloroso para nosotros.

-Y para nosotros en el Cielo, igual... Expíciate.

-Nada, quince siglos en la Iglesia creyendo siempre lo mismo: que Jesús está presente en la Hostia y Vino consagrados, hasta que en el siglo dieciséis vinieron Lutero, Calvino, Enrique VIII y todos los reformadores protestantes, y hoy todos los de las sectas, negándolo abiertamente. Todos ellos vienen a decir que la Eucaristía no es más que un recuerdo, una memoria, un rito, que reproduce la Última Cena, pero, eso de la presencia real de Cristo, ¡de ninguna manera!...

-Dejando a los protestantes primeros, ¿qué me dices de lo que defienden hoy todos esos hermanos separados?

-Ante todo, niegan la Misa porque, dicen, Jesús no ofreció más que UN SOLO sacrificio, el del Calvario. Y nosotros aseguramos lo mismo. Ese ÚNICO sacrificio lo adelantó Jesús en la Última Cena sin derramamiento de sangre; lo realizó cruento en el Calvario, y lo sigue actualizando, el mismo, no otro, en cada celebración, aunque sin derramamiento de sangre, porque es el mismo Sacerdote y la misma Víctima, ahora glorificada, quien se pone en el altar.

-Estás hablando muy bien...

-Y lo explicamos: todo está en aceptar la palabra de Jesús: “MEMORIAL”, *hagan esto, convertir el pan en mi Cuerpo y el vino en mi Sangre*. Es el mismo sacrificio, que *no se repite*, sino que se *actualiza*, que se hace *acto* ahora, se *presenta de nuevo* el mismo Sacerdote y, ya glorificada, la misma Víctima del Calvario...

-Acaba...

-Con ello, no se realiza otra vez la redención, que fue de una vez para siempre en el Calvario, sino que Jesús se hace presente para hacernos a todos partícipes de aquellos méritos que nos adquirió con su pasión, muerte y resurrección.

-Perfecto. ¿No falta nada?

-Dos cosas importantes. Una: “Tomen y coman”, es decir, la Comunión: viene a nosotros para comunicarnos toda la vida de Dios. Y, mientras no se destruyan las especies sacramentales, las Sagradas Formas de pan y vino, está presente en su Iglesia para hacernos continua compañía en el Santísimo Sacramento.

-No añadas más explicaciones. Manténgase siempre en esta fe de de la Iglesia. Yo ya sabía, al escribir ese capítulo seis de mi Evangelio, que seguiría hasta en la Iglesia lo mismo de Cafarnaúm: *Qué duro es esto, ¿quién lo va a creer?...*

-Ya ves, Juan, cuál es nuestra pena y nuestra esperanza también. ¿Sabes los hermanos separados de lo que se privan al no creer en la Eucaristía? ¿Y

lo que es nuestra ilusión al pensar que un día llegaremos a celebrarla juntos?...

-Crean y confíen, que todo llegará. El Espíritu Santo no ha soplado sin más en la Iglesia con el Ecumenismo. ¿Basta?...

-Un momento, Juan. ¿Quieres llevarme un encarguito al Cielo? ¿Podrías dar mis recuerdos a una que debe ser amiga tuya, a Ana Elizabeth Seton!

-¡A Elizabeth! ¡Vaya que si nos queremos con esa primera Santa norteamericana que canonizaron ustedes en la tierra! ¿Qué quieres que le diga?...

-Nada, que la recuerdo y la quiero mucho desde que la conocí.

-¿Qué te pasó, pues, con ella?

-Te lo cuento seguido todo, no me interrumpas. Protestante episcopaliana, era un encanto de mujer. Madre de cinco primorosos niños, con su excelente esposo y con la niña mayorcita de nueve años, viaja a Italia, y, al llegar, enferma el marido, cae en agonía, y Elizabeth, con amor indecible, le lleva pan y vino cuidadosamente preparados: *-Toma, mi amor, antes de irte: el cuerpo y la sangre del Señor...* Recuerdo, memoria según la fe de su iglesia, pero dados con todo el corazón. ¡Lástima que no fueran el Cuerpo y la Sangre de Jesús, según el Evangelio!... Se hospeda en una familia católica, y, al no haber en la ciudad iglesia de su culto, va por delicadeza y con devoción cada domingo a la Misa católica. Un día le acompaña, por puro compromiso social, un amigo protestante, que, al alzarse la Hostia en la consagración, le da un codazo mientras le dice con sorna: *-Mira a qué llaman los católicos el Cuerpo de Cristo...* Aquí le vino a Elizabeth el chispazo: *-¿Y por qué no? Si San Pablo dice que quien recibe este Pan sacrílegamente se hace reo del Cuerpo del Señor, ¿cómo se hace reo de condenación si el Señor no está aquí?...* El Espíritu Santo golpea bien cuando quiere. Para postre, la niña le pregunta un día con algo de inquietud: *-Mamá, ¿y en Estados Unidos tendemos iglesia católica donde está Jesús?...* Hubo bastante. Elizabeth se pasó a la Iglesia de Roma, y escribía después sobre la Eucaristía primores como éste:

\* ¡Jesús! Yo lo encuentro en todas partes, hasta en el aire que respiro. Sí, lo encuentro en todas partes, pero sobre todo en el Santísimo Sacramento, sobre el altar en que se hace actual y realmente presente, igual que mi alma lo está a mi cuerpo...

Jesús está ahí, adonde nosotros podemos ir y donde lo podemos recibir, ¡porque Jesús nos pertenece, es nuestro! ¡Está aquí! ¡Oh pensamiento celestial, oh verdad certísima!

Igual que el pan material sacia mi hambre, así este Pan de los ángeles suaviza mis penas, colma mis deseos, me reanima, me alegra, me hace rebo-sar de felicidad y renueva todo mi ser...

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Lo digo por los que invocan este Nombre adorable, pero no quieren llamar a Jesús allí donde Él se encuentra realmente. ¡Pobres de ellos! Lo llaman de lejos, y no lo buscan donde Él mora, en su santo altar.

Quien ha gustado lo dulce que es el Señor en este Sacramento..., quien ha encontrado el Pan que alimenta su alma..., y ha hallado en la Santa Hostia el perdón, la acción de gracias, su esperanza y su refugio..., ése no puede sino entristecerse al contemplar un culto fundado en solo palabras, mientras que nosotros gozamos de Jesús en su propio ser dentro de lo más íntimo de nues-tros corazones...\*

¿Qué te parece, Juan, esto de Elizabeth?

-Precioso testimonio sobre la Eucaristía.

-Por algo te he dicho que le lleves al Cielo mis recuerdos...

*Pedro García cmf*